

Planificación, implementación y expectativas político-militares en las organizaciones de izquierda chilenas ante el golpe de Estado de 1973

Planning, implementation and political-military expectations in Chilean left-wing organizations in response to the coup d'état of 1973

Vivien Valenzuela Romero

Universidad de Santiago de Chile

Resumen

En este artículo se busca aportar en la reconstrucción de los planes políticos militares generados por el Partido Comunista, el Partido Socialista y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria chilenos, además de su implementación el día del golpe de Estado ocurrido el 11 de septiembre de 1973. Para lograr este objetivo, se utiliza como una de las fuentes de información principales las memorias de los militantes de las organizaciones previamente referenciadas, permitiendo abordar la expectativa que tenían respecto a las posibilidades de respuesta en este ámbito, las que se vieron enfrentadas ante la acción de las Fuerzas Armadas en su conjunto.

Palabras clave: memoria, planes políticos militares, militantes, expectativa, acciones armadaso.

Abstract

This article aims to contribute to the reconstruction of the military political plans generated by the Chilean Communist Party, the Socialist Party and the Revolutionary Left Movement, as well as their implementation on the day of the coup d'état on September 11, 1973. To achieve this objective, the memories of the militants of the previously referenced organizations are used as one of the main sources of information, which allows us to address the expectations they had regarding the possibilities of response in this area, faced with the action of the Armed Forces as a whole.

Keywords: memory, military political plans, militants, expectation, armed actions.

El golpe de Estado, ocurrido en Chile el 11 de septiembre de 1973, constituyó un quiebre de gran relevancia en la historia nacional. En este sentido, entre quienes experimentaron la tragedia con mayor fuerza, están los y las militantes de los partidos de izquierda, ya que se vieron sometidos inmediatamente a la persecución, detención, tortura, asesinato y desaparición. Entre los testimonios se pueden encontrar personas que indican haberse sorprendido frente al nivel de violencia ejercido por quienes derrocaron al presidente democráticamente electo, Salvador Allende, sin embargo, la inminencia del golpe en sí mismo fue visualizado con importante claridad por una parte de la sociedad chilena, incluyendo al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) chileno, el Partido Comunista (PCCh) y el Partido Socialista (PS). Ante esta situación, en donde el enfrentamiento se dirigiría de manera definitiva hacia el punto de la implementación de la violencia política, cabe preguntarse; ¿cuáles fueron los planes y expectativas en torno a la respuesta armada por parte de estos partidos para enfrentar el golpe?, ¿cuáles fueron las aplicaciones de dichos planes?

Resulta evidente que intentar responder a estas preguntas no es una tarea sencilla, y que claramente otros historiadores han generado importantes aportes en este sentido. Sin embargo, el uso de la violencia política continúa constituyendo un campo que puede entregar herramientas valiosas para entender qué sucedió y desdibujar la imagen exclusiva de víctimas que en numerosas ocasiones se ha construido en torno a quienes sufrieron los embates de la dictadura, y de esta manera dirigirse hacia la visualización de militantes que efectivamente fueron víctimas, pero que también se constituyeron en actores que tuvieron expectativas o decidieron ejercer la violencia política contra el accionar conjunto de

las «fuerzas de orden, incluyendo una nascente policía política.

A partir de lo indicado en los párrafos precedentes, se puede plantear que el objetivo de esta investigación es reconstruir los planes políticos militares y las aplicaciones de dichas preparaciones el día del golpe, utilizando como una de las fuentes históricas principales la memoria de militantes del MIR chileno, Partido Comunista y Partido Socialista, posibilitando abordar la expectativa que se construyeron en torno a este aspecto y que se vieron enfrentadas a la realidad de un golpe de Estado en donde el conjunto de las Fuerzas Armadas actuaron unidas.

«Las batallas por la memoria»^[1], un proceso que continúa

Considerando la relevancia de la memoria para este artículo, es que resulta central reflexionar brevemente en torno a sus particularidades y a la manera en que se ha construido la memoria en Chile respecto de lo ocurrido desde el golpe de Estado y durante la dictadura militar.

Siguiendo la teoría de la memoria de Jelin, las memorias y contramemorias se suelen encontrar en conflicto, lo que se entendería como la batalla por la memoria, y éstas deben ser historizadas, ya que se modifican dependiendo del tiempo y el lugar en que se construyen, formando parte de luchas sociales y políticas mayores, incluso se podría afirmar que la batalla por la memoria tiene mayor relación con el tiempo en que se recuerda que el tiempo en que suceden los hechos que se están recordando^[2]. A partir de lo indicado, es que resulta

1.- Concepto utilizado por María Angélica Illanes, *La batalla de la memoria*, Ariel, 2002.

2.- Peter Winn; Steve Stern; Federico Lorenz; Aldo Marchesi, *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria histórica en el cono sur*, Chile, LOM, 2014.

relevante detenerse a enunciar la manera en que se ha construido la memoria en torno a lo sucedido en el golpe y durante la dictadura, ya que permite visualizar la necesidad institucional de hegemonizar un tipo de memoria influenciando de igual manera el olvido, especialmente de las acciones armadas de izquierda, por modestas que éstas hayan resultado.

En Chile se da la batalla por la memoria en torno a dos formas de recordar principales; la de los defensores de la dictadura, que rememoraban el golpe como la acción de salvadores frente al supuesto Plan Z, que la izquierda habría tenido preparado para tomar el poder por la fuerza, (memoria que se mantuvo hegemónica al interior del país hasta el fin de la dictadura, aunque a nivel internacional no logró el predominio), y de los opositores a Pinochet y su gobierno, recordando la persecución tiránica, separación de la familia y la importancia del respeto a los DDHH frente a las violaciones sistemáticas sufridas. Esta última es la memoria del nunca más frente al terrorismo de Estado, ya que independiente de las diferencias ideológicas, las violaciones a DDHH son inaceptables. Es la segunda memoria la que se fue consolidando hegemónicamente desde el regreso a la democracia, en un proceso que fue avanzando a través de los años, a partir de hechos primordiales como el *Informe Rettig* e informes *Valech* (en los que participaron intelectuales asociados a la derecha), sumado al arresto de Pinochet, reconocimiento de las personas detenidas desaparecidas a través de memoriales o de la construcción del Museo de la memoria, así como también de acciones judiciales, en síntesis, gracias a la acción estatal y de las organizaciones civiles la memoria del nunca más ha alcanzado una hegemonía relevante^[3].

3.- *Ibid.*

De esta forma, se puede indicar que al menos desde la perspectiva gubernamental se ha alcanzado cierta transversalidad en torno a la consigna del nunca más, sin embargo, aquello se ha realizado a partir del reconocimiento de quienes sufrieron las violaciones a los DDHH como víctimas de la represión, invisibilizando hasta cierto nivel las labores militantes de las personas que actuaron para enfrentar el golpe primero y derrocar a la dictadura después. Esta invisibilización aplicó a las labores políticas en general y a las actividades políticas militares en particular, es decir, no se ha dado un reconocimiento a nivel institucional de las acciones que realizaron para así desarrollar un análisis que permita establecer las razones o consecuencias de sus actos.

Respecto de esta invisibilización institucional, el Museo de la memoria constituye un ejemplo del intento de reforzar la visión del nunca más, evitando temas que podrían generar polémica, ya que sus exposiciones permanentes inician con el golpe de Estado, evitando entregar una explicación en torno a por qué se llegó a ese día decisivo. De esta forma, se pretendía que la derecha no utilizara los acontecimientos previos como justificación al terrorismo de Estado ocurrido durante la dictadura militar^[4].

La construcción de este tipo de memoria también se relacionó con el momento de la transición inaugurado con el primer gobierno de Patricio Aylwin en 1990, en donde se necesitaba establecer socialmente la existencia de víctimas (militantes y personas sin afiliación política formal) frente a victimarios (agentes de la dictadura), eliminando en los primeros cualquier rasgo que pudiera colocar en duda su condición de víctimas, como lo podría ser su participación en acciones armadas^[5].

4.- *Ibid.*

5.- Tamara Vidaurrázaga, «Victimización y heroísmo. Dis-

Lo anterior, además es expresivo de las complicaciones de abordar la violencia política desde la izquierda, pues abre la posibilidad de que la derecha golpista busque en dichos actos responsabilizar a los partidos de izquierda de lo sucedido antes y después del golpe de Estado, (a pesar de que el ejercicio de la violencia no fue patrimonio exclusivo de la izquierda chilena, dado que Patria y Libertad actuó decididamente en la desestabilización del gobierno de la Unidad Popular y la preparación de su caída)^[6]. Es decir, aporten a la justificación de los actos cometidos por la dictadura contra los militantes de los partidos que se constituyeron en oposición, ya que los agentes y adherentes de la dictadura pretendían (y continúan intentando) presentar a la fuerza opositora en igualdad de condiciones para justificar la brutalidad aplicada, ya que según su versión, era necesario para defender al país que estaba en guerra y reafirmar la posición nacional de la teoría de los dos demonios^[7].

Sin embargo, tratar la violencia política de izquierda en su real proporción, permitirá por el contrario, establecer que nunca se podría igualar lo realizado en términos político militares por las organizaciones de izquierda con lo efectuado por las fuerzas golpistas, permitiendo al mismo tiempo reconocer las motivaciones y acciones de quienes fueron testigos y a veces actores del ejercicio de la violencia, para constituirlos en agentes que escapan a la dimensión exclusiva de víctimas, es decir, que exceda lo que la investigadora Tamara Vidaurrázaga ha conceptualizado como victimización, en donde solo se destaca ese rol unívoco y

se dejan en el olvido otros roles que como militantes podrían haber jugado^[8]. En este sentido, y parafraseando a lo planteado por Enzo Traverso en su texto *Memoria e historia del siglo XX*^[9]; el trabajo de la historiografía es comprender y no hacer de la dictadura simplemente un objeto de conmemoración, de compasión o de sufrimiento.

Esta visión de presentar a quienes sufrieron violaciones a DDHH como militantes y no solo como víctimas, se enmarca en los esfuerzos que organizaciones civiles han desarrollado sistemáticamente, destacando casos como el archivo audiovisual de la Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi y el Archivo Testimonial de la Represión-FASIC^[10]. Asimismo, pertenece a una forma diferente de construcción de la memoria en el cono sur «en el cual la noción de víctima —ligada a la inserción y aceptación social del paradigma de los derechos humanos— está dejando lugar a otros relatos. La memoria de las otrora víctimas como combatientes, y específicamente sus participaciones en la lucha armada sería uno de esos relatos recientemente investigados y puestos a la luz pública»^[11]. Este proceso se puede visualizar en Chile a través de publicaciones de militantes del MIR, por ejemplo, como José Manuel Bravo en su libro *De Carranco a Carrán. Las tomas que cambiaron la historia*, en donde se aborda la temática de la lucha armada y sus experiencias en este sentido, aunque al mismo tiempo continúa constituyendo un tema del que numerosos actores tienen reticencias de tratar públicamente, lo que fue constatable en la realización de entrevistas

putas de las memorias emblemáticas en dos fechas conmemorativas: aniversario del Golpe de Estado y Día del Joven Combatiente», *Fronteras*, 2 (2014), pp. 63-80.

6.- Luis Corvalán, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre. Contribución al estudio del contexto histórico*, Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2016.

7.- T. Vidaurrázaga, «Victimización y heroísmo».

8.- *Ibid.*

9.- M. Acuña; P. Flier; M. González, B. Groppo; E. Hevia; L. López; N. Nicholls; A. Oberti; C. Bacci; S. Skura; E. Traverso, *Archivos y memorias de la represión en América Latina (1973-1990)*, Chile, LOM, 2016.

10.- *Ibid.*

11.- T. Vidaurrázaga, «Victimización y heroísmo», p. 74.

para una investigación anterior aplicada al Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

En consecuencia, se está en un momento en que dada la transversalidad institucional del nunca más, se pueden complejizar categorías de análisis que en su momento fueron de utilidad, aunque al mismo tiempo se debe velar por no construir lo que Tamara Vidaurrázaga denomina como heroísmo, entendido como: «la construcción de una imagen heroica de quienes protagonizaron la resistencia a las dictaduras recientes, reduciéndolos a este papel sin comprenderlos en su completa humanidad, cuestión que esconde muchos más grises que completan la escena. Héroes que nunca se equivocaron y a los cuales se puede y debe emular sin críticas ni cuestionamientos^[12]». Este tipo de memoria (que no tiene el estatus de hegemónica a nivel institucional), igualmente puede generar dificultades para comprender el pasado, pero sobre todo para proyectar un futuro a partir de esa memoria, ya que presenta una visión sacralizada que impide analizar críticamente lo sucedido, por lo que se debe mantener la precaución frente a esta visión^[13].

Partido Socialista, una organización con dos mundos.

La temática militar estuvo presente en el Partido Socialista desde antes del triunfo de Salvador Allende para alcanzar el sillón presidencial. En este sentido, se pueden identificar hitos relevantes, como las conclusiones obtenidas en el Congreso del Partido de 1967, en donde se indicaba que:

«2.- La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del estado de

clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del estado burgués, puede consolidarse la revolución socialista.

3.- Las formas pacíficas o legales de lucha (reivindicativas, ideológicas, electorales, etc.) no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada. Consecuentemente, las alianzas que el partido establezca sólo se justifican en la medida en que contribuyen a la realización de los objetivos estratégicos ya precisados»^[14].

Por lo que resulta claro que al interior del partido existían sectores que apoyaban la lucha armada, mientras que otros defendían la vía institucional. En este contexto en 1968 se creó La Organa, el que tenía por objetivo preparar las condiciones para un enfrentamiento armado, aunque alejados de la idea del concepto de focos guerrilleros que sustentaba al Ejército de Liberación Nacional (ELN), por ejemplo, en donde también participaban militantes del partido socialista. Por el contrario, quienes eran parte de la Organa pretendían formar cuadros políticos que tuvieran conocimientos de la lucha militar, ya que desde su perspectiva, el enfrentamiento era inevitable. Fue por esta razón que prepararon desde octubre de 1969 e iniciaron su funcionamiento en enero del año siguiente, la escuela guerrillera de Chaihuín, la que fue descubierta con gran revuelo social, en mayo de 1970. Posterior a este hallazgo, se fusionó la Organa

12.- *Ibid.*

13.- *Ibid.*

14.- Julio César Jobet, «Vigésimo segundo congreso general ordinario del Partido Socialista de Chile, Chillán», Centro de estudios Miguel Enríquez (CEME), 2005, <https://acortar.link/tuj11T> (consulta: 5 de febrero de 2022).

con el ELN^[15]. Estas definiciones y acciones entregan claridad de que la temática de la viabilidad y necesidad de la lucha armada, estaban presentes al interior del partido desde antes que se alcanzara el gobierno a través de las urnas, e incluso una vez que se obtuvo, continuó presente.

Siguiendo con lo indicado en el párrafo anterior, durante el período de la Unidad Popular, se destacan hechos como que en el Congreso de 1971 se asume a partir de la dirigencia una posición más revolucionaria. Lo anterior se evidencia en la creación del Departamento de Frente Interno, del cual dependía una Comisión de Defensa, la que contaba con tres dispositivos compartimentados^[16]:

1. Grupo de Amigos Personales o GAP, organismo orientado a la protección del Presidente de la República y residencias presidenciales.

2. Aparato militar, el «que reunía a militantes con alguna experiencia en tareas armadas y cuyo objetivo era canalizar esas experiencias y proporcionar una fuerza capaz de garantizar niveles mínimos de defensa para el partido y el gobierno. Su origen fue la fusión del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y la Organa, y como responsable quedó el abogado laboralista Arnoldo Camú (Agustín o Tío). Su nombre en clave era P6»^[17].

3. Aparato de informaciones o Equipo de Inteligencia y Contrainteligencia, orientado a sistematizar la búsqueda y el análisis de información política que resultara de relevancia^[18].

15.- Bayron Velásquez, «La Organa y la escuela de guerrilla de Chaihuín (1968-1970): Leninización y guevarización del socialismo chileno», *Izquierdas*, 49 (2020), pp. 412-431.

16.- Cristián Pérez, *La vida con otro nombre. El Partido Socialista en la clandestinidad (1973-1979)*, Chile, Catalonia-UDP, 2021.

17.- *Ibid.*, p. 20.

18.- *Ibid.*

En continuidad con la línea anterior, se puede indicar que entre 1972 y 1973 dos grupos de militantes socialistas asistieron a una escuela de cuadros del Komsomol (Juventud del Partido Comunista de la Unión Soviética), en donde revisaron algunas técnicas básicas para el trabajo clandestino. Tanto la estructura interna como estos viajes son algunas de las razones que explican que el PS pudiera enfrentar la clandestinidad luego del golpe de Estado^[19].

De esta forma, a medida que se acercaba el 11 de septiembre, se hacía más evidente que los militares (o al menos un sector) tomaría posición en contra del gobierno de Salvador Allende, y en ese sentido se generaron planes para enfrentarlo, destacando lo planteado por un dirigente del aparato militar del partido, quien indicaba que el objetivo principal era resguardar al presidente Salvador Allende, quien ante su decisión de mantenerse en la Moneda condicionó las opciones, dibujando un plan en donde debían cubrir los cordones industriales, específicamente en Vicuña Mackenna, San Joaquín, Cerrillos y Panamericana Norte^[20].

Respecto de acceso a armamento, el dirigente estima unos 140 fusiles con 120 tiros para cada uno y algunos lanzacohetes con 6 proyectiles par cada uno^[21].

Estos preparativos eran viables en la medida en que existiera una división al interior de las FF.AA. y al momento del golpe, la primera decisión de la Comisión política que se reunió en el Parque Cormu fue la de intentar defender al gobierno, aunque ya se conocía que todas las FF.AA. estaban ac-

19.- *Ibid.*

20.- «Combates en la zona sur de Santiago. Chile 11 de septiembre de 1973», 2005, Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), <https://acortar.link/fkBeKM>, (consulta: 5 de febrero de 2022).

21.- *Ibid.*

tuando a favor del golpe de Estado^[22].

Respecto de este testimonio es interesante detenerse un momento, ya que si bien, pertenece a una colección de documentos confiables (Centro de Estudios Miguel Enríquez), no es reivindicado por su autor utilizando su nombre o chapa política, lo cual resulta interesante si se considera que su fecha de publicación es el año 2005. En este sentido se evidencia interés en mantener el anonimato, ya que finalmente la resistencia no era lo que se reivindicaba al momento de la construcción de la memoria oficial, predominando, por el contrario, la visión de víctimas frente a la represión estatal.

Es importante reconocer la existencia de estos planes (que requerían de la división interna de las Fuerzas Armadas), la modesta formación de militantes en esta dirección y la limitada acción de aquellos en algunos casos, como lo fue en los enfrentamientos de la Legua, de esta manera se pueden abordar los testimonios y las expectativas que se generaron en torno a las posibilidades de defensa armada por parte del Partido Socialista, el que además fue la organización que tuvo mayores posibilidades de acceder a las armas.

Una vez que se ha establecido la existencia de cierta planificación, resulta de interés analizar los testimonios de militantes el día del golpe; existen algunos, como Lautaro Labbé que indican que el 10 de septiembre estuvo esperando que le entregarán armas para enfrentar el inminente golpe, pero aquellas nunca llegaron. Una vez iniciado el golpe, otros militantes, como Silvio Espinoza y Benjamín Cares también esperaron armas, además de la identificación del sector de las Fuerzas Armadas que se mantendrían aliadas a la UP^[23].

En esta misma línea de espera de que el

partido repartiera armamento, Magdalena Falcón, indica en su testimonio que el día del golpe se fue a Fabrilana en el Cordón Vicuña Mackenna donde la gente estaba esperando armas en el techo, las que no llegaron, ya que la izquierda carecía de aquellas, así como de una formación militar de relevancia. Ella recibió entrenamiento en artes marciales y cómo disparar en Fabrilana, pero no era suficiente para la envergadura de lo que enfrentaban. Enrique Ramos, por su parte (GAP) igualmente estuvo esperando armas que serían enviadas desde Renca, y solo se quedó con garrotes que construyó junto a quince personas más^[24].

Igualmente se pueden encontrar testimonios de militantes que obtuvieron algunas armas, pero siempre en una escala muy menor al armamento que poseía las fuerzas golpistas, prácticamente de uso personal. En este sentido, existe registro de que un grupo de veinte militantes se reunieron en la casa de Patricia Valdés y decidieron ir a apoyar en el combate de la zona sur de Santiago, sin embargo, se encontraron con Rigoberto Quezada, quien portaba un AK-47, y les informó de su participación en la lucha de esa zona, indicando que todo había concluido. En esta misma línea de escasez de armas, Lautaro Labbé narra que a último momento le indicaron desde el partido, que él debía conseguir armas y luego dirigirse a la Población Puerto Montt para el combate, no obstante, faltaba un plan de lo que debían hacer, y también una formación acorde, puesto que lo único que había recibido una o dos semanas antes eran dos clases de linchaco^[25].

A partir de los testimonios anteriores, se puede plantear que existía cierta expectativa respecto de que el Partido Socialista presentaría algún tipo de defensa armada, por

22.- *Ibid.*

23.- C. Pérez, *La vida con otro nombre*.

24.- *Ibid.*

25.- *Ibid.*

lo que se debía estar disponible para participar en el enfrentamiento. Sin embargo, esta expectativa no significaba que esperaran que el aparato militar del partido tuviera la suficiente capacidad para derrotar la ofensiva golpista, por el contrario, proyectaban la necesidad de prepararse para apoyar a los sectores de las Fuerzas Armadas constitucionalistas o proclives al gobierno de la Unidad Popular. En esta línea se encuentra el testimonio de Gladys Cuevas, quien se dirigió a la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, en donde tenían escasas armas pensando en defenderse lo que pudieran en espera de la llegada de militares leales que les entregaran más armas y les enseñaran a usarlas. Igual postura presentaba el Viejo Carlos, militante que tenía algunas armas y esperaba poder apoyar a las fuerzas leales al gobierno, pero ello no ocurrió. En este sentido se esperaba que el conjunto de militares, militantes y movimiento de masas fuera suficiente para hacer retroceder a las FF.AA. golpistas.

Alejandro García o *Rubén* (GAP y simpatizante de Elenos), igualmente pensaba que llegado el momento del golpe contaría con el apoyo del partido y de un sector leal de las FF.AA. En su caso, tenía un mayor nivel de capacidad de acción que los experimentados por los y las militantes cuyos testimonios se narraron previamente, ya que tuvo la posibilidad de llevar a una treintena de obreros a Tomás Moro (quienes se lo solicitaron) y les entregaron armas y un breve entrenamiento. Sin embargo, ante el enfrentamiento la mitad de los compañeros se fueron. Luego estuvo recorriendo Santiago con armamento, por lo que decidió dejar el auto estacionado. En este sentido, *Rubén* indica:

«Ese fue el gran Plan Z. Se supone que estoy en un dispositivo de seguridad, que soy segundo oficial, tendría que estar enterado

del Plan Z, con la coordinación que tendría que haber con todos los elementos armados de la Unidad Popular. Eso nunca existió. Las casas de seguridad, entre comillas, que teníamos, murieron para el Tanquetazo. El Servicio de Inteligencia Militar (SIM) y Patria y Libertad sabían todo. Nosotros estábamos claros de que a ninguna de esas casas podíamos ir, porque llegábamos y nos mataban»^[26].

En este testimonio, se puede visualizar la existencia de algún tipo de capacidad de respuesta armada, pero al mismo tiempo, permite dimensionar la imposibilidad material de hacer frente en igualdad de condiciones a las fuerzas golpistas. En este sentido, se desmorona la tesis que durante años enarboló la derecha defensora del golpe de Estado y de la dictadura, respecto de que se enfrentaban a un enemigo de alta peligrosidad y que por lo tanto se hacía necesario el trato que recibieron (persecución, tortura, asesinato y desaparición)^[27].

Por otro lado, en este testimonio también se puede visualizar que la expectativa de desarrollar algún tipo de defensa armada se encontraba presente en personas fuera del partido, como los obreros que llevó a Tomás Moro, o el caso de Ferrando Gelmi, quien trabajaba en la Empresa Nacional del Carbón (ENACAR) en la ciudad de Coronel, en donde los mineros les pidieron armas a la alcaldesa comunista, Norma Hidalgo, pero ella indicó que no habían, en consecuencia, indica que la resistencia fue inexistente^[28].

Así como existieron quienes tenían la intención de levantar las armas, también hubo personas que optaban por no alzarlas, así lo narra David (militante que utiliza chapa), indicando que intentaron llevar

26.- *Ibid.*, p. 54.

27.- *Ibid.*

28.- *Ibid.*

armas a algunas fábricas y los obreros los expulsaban porque indicaban que la consigna era la huelga general, pero que no se arriesgarían a utilizar las armas (al menos en Panamericana Norte). En este sentido, el militante indica que lo preparado por el partido no tenía relación con la realidad, al menos en su sector^[29].

Posteriormente, David junto a otras personas salieron a realizar algunos tiros, a realizar escaramuzas para levantar resistencia, puesto que había rumores de que Prats avanzaba con fuerzas leales desde el sur, pero aquello no sucedió, viviendo un difícil episodio con militantes comunistas que querían combatir, pero se percataron de que la situación de los militantes socialistas era sumamente precaria, ya que estaban actuando casi sin balas^[30].

Una expectativa un tanto diferente respecto de la capacidad del partido, tenía Antonio Cortés Terzi, responsable del aparato militar del regional del partido, quien se encontraba en Concepción y no creía que fuese un golpe definitivo, sino un proceso que los encontraría preparados, tanto a ellos como al gobierno. Sin embargo, la realidad fue que no se llevó adelante ningún plan de defensa en Concepción, ya que las comunicaciones con Camú estaban cortadas desde el 11 de septiembre^[31].

Los testimonios revisados previamente, dan cuenta de militantes que tenían dentro de sus expectativas que el Partido Socialista presentara algún tipo de resistencia, posiblemente basados en los discursos y símbolos que se comunicaban públicamente antes del golpe de Estado

Es importante indicar, que a pesar de que los testimonios anteriores en su mayoría dan cuenta de intentos de resisten-

cia menores, el Partido Socialista participó activamente en dos de los principales focos de resistencia que se realizaron el día del golpe; en primer lugar, en la Moneda a través de los integrantes del GAP del presidente, en segundo lugar, en los hechos que ocurrieron en la población de La Legua.

Respecto de la resistencia llevada a cabo en la Moneda, los integrantes del GAP combatieron junto a miembros de la escolta presidencial, primero con la intención de resistir hasta que llegaran refuerzos desde los partidos de izquierda y posibles fuerzas militares antigolpistas, y después, cuando se visualizó que aquello no iba a ocurrir, optaron por combatir sencillamente hasta que fueran vencidos. En este contexto, resultó sumamente perjudicial que parte de los refuerzos del GAP (alrededor de catorce personas) que llevaban armas automáticas y parque (balas), fueran detenidos por Carabineros, luego de que Bruno, jefe de la organización, se acercó confiadamente a consultarles por la situación^[32]. Durante el enfrentamiento, también se puede destacar la dimisión como Director general de la Policía de Investigaciones de Alfredo Joignant, militante del partido socialista que con su decisión habría hecho perder los estribos al presidente Salvador Allende, marcando el fin de cualquier posibilidad de refuerzo armado desde esta institución^[33].

En La Legua, por otro lado, se desarrollaron variados enfrentamientos, entre los que destaca el ocurrido en la industria INDUMET, en donde fueron detectados por Carabineros mientras dirigentes socialistas mantenían una reunión con dirigentes del MIR, ocasión en la que militantes del Partido Socialista llevaron armas recuperadas

29.- *Ibid.*

30.- *Ibid.*

31.- *Ibid.*

32.- Cristián Pérez, «Salvador Allende, apuntes sobre su dispositivo de seguridad: el Grupo de amigos personales (GAP)», *Estudios públicos*, 79 (2000), pp. 32-81.

33.- Joan Garcés, *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*, España, Siglo XXI, 2013.

de Tomás Moro, luego ingresaron a la población, dividiéndose en columnas que fueron generando enfrentamientos con distintos destacamentos de Carabineros, incluso se menciona que dañaron un helicóptero que sobrevolaba la zona. En este contexto, igualmente se presentó un alto nivel de apoyo por parte de los pobladores, entregándoles comida o refugio, por ejemplo^[34].

A partir de lo revisado previamente, se puede indicar que era esperable que existiera la expectativa de que el Partido Socialista podría presentar algún tipo de resistencia armada frente a un golpe de Estado, ya que era un tema que se encontraba presente en la organización desde 1967 de manera formal. En este sentido, igualmente se comprende que esta expectativa se encontrara unida a la existencia de un sector de las Fuerzas Armadas que fuera antigolpista para actuar en conjunto, ya que no se prepararon pensando en formar un ejército paralelo, por ejemplo (ni siquiera la Organa tenía por objetivo generar cuadros político militares), sino que orientando a tener cierto material y preparación para defender junto a las Fuerzas Armadas leales al gobierno de Salvador Allende. Es por esta razón que los testimonios al momento de aludir a temas armados, suelen hacer hincapié en la falta de armamento o inexistencia de directrices generales frente al golpe, ya que lo que estaba preparado necesitaba de la existencia de un sector militar antigolpista, por lo que al no ocurrir, cualquier posibilidad de resistencia era menor. Por último, en donde se presentaron mayor resistencia, fueron en los sectores en donde llegó armamentos e integrantes del GAP, probablemente el grupo que estaba mejor preparado para actuar en este caso por parte del Partido Socialista.

34.- Mario Garcés; Sebastián Leiva, *El Golpe en la Legua, los caminos de la historia y la memoria*, Chile, LOM ediciones, 2012.

Partido Comunista de Chile, enfrentados al contexto

A pesar de la férrea defensa de la viabilidad del triunfo del socialismo a través de la vía pacífica, este partido igualmente presentó cierto nivel de organización a nivel militar. Ello queda expresado en que desde 1963 se inició la formación militar de un pequeño número de militantes, aunque no enfocados en la creación de guerrillas, por el contrario, se visualizaba como necesario para defender posibles triunfos del pueblo, en especial de un hipotético gobierno que pensaban podían alcanzar en las elecciones presidenciales del año siguiente. De esta forma, durante la década de 1960 y en el transcurso del gobierno de Salvador Allende se organizaron Comisiones de Vigilancia, entendidas como grupos de diez hombres, que poseían instrucción en defensa personal y armas cortas, los que tenían por objetivo la autodefensa partidaria, es decir, custodiar locales del partido, lucha callejera, resguardo de dirigentes públicos y proteger los actos de masa. Según lo indicado por Corvalán, estas comisiones las formaron entre dos mil y tres mil militantes^[35].

A las Comisiones de Vigilancia, se deben agregar los Grupos Chicos, los que eran conformados por cinco militantes cada uno, los que debían cumplir con múltiples requisitos, entre ellos haber rendido el servicio militar. En este caso, el número de personas que integraron esta organización ascendería a mil aproximadamente con una instrucción militar superior a la experimentada por los miembros de las comisiones, ya que sabían utilizar armas automáticas y tenían conocimiento de táctica y estrategia militar. En cuanto al armamento con el que contaban, eran cerca de 400 fusiles automáticos

35.- Rolando Álvarez, *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista*, Chile, LOM, 2003.



Ataque a la Moneda, 1 de septiembre de 1973 (fuente: BBC. <https://www.bbc.com>).

y seis granadas^[36]. Las jefaturas de estas unidades estaban en proceso de formación desde 1963 y se encontraban durante seis meses en cursos de entrenamiento militar combativo en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, luego otros seis meses en charlas en una *dasha* y por último práctica en terreno en campos de Crimea, de esta forma a mediados de 1970 se contaba con alrededor de cien jefes^[37].

Es importante insistir en que estas estructuras:

«no respondían a una lógica que pretendía enfrentar o constituir un ‘ejército del pueblo’ contra un ‘ejército de la burguesía’, ni tampoco era la idea formar columnas guerrilleras al estilo guevarista. El análisis comunista partía del supuesto de que en caso de la existencia de un golpe de Estado, se produciría un quiebre vertical en las FF.AA., es decir, habría mandos militares

‘constitucionalistas’ que podrían agrupar en torno suyo guarniciones completas»^[38].

En consecuencia, resultaba fundamental confiar en el profesionalismo de las FF.AA. y en la existencia de un sector constitucionalista que actuaría en defensa del gobierno de la UP en caso de que se colocara en marcha un golpe^[39]. Por lo tanto, las expectativas de los militantes comunistas el 11 de septiembre tenían relación con la confianza de que sucedería el quiebre al interior de las FF.AA. y que toda la preparación que tuvieron sus grupos e incluso la formación de autodefensa que se impartió abiertamente, serían de utilidad para apoyar a este sector constitucionalista, ya que precisamente siempre fueron pensados como organizaciones colaboradoras de las fuerzas armadas profesionales.

Al momento del golpe, la planificación de resistencia se orientó hacia el concepto de trincheras, es decir, que los militantes

36.- *Ibid.*

37.- Carmen Hertz; Apolonia Ramírez; Manuel Salazar, *Operación exterminio. La represión contra los comunistas chilenos (1973-1976)*, Chile, LOM, 2016.

38.- R. Álvarez, *Desde las sombras*, p. 73.

39.- *Ibid.*

debían dirigirse a sus lugares de trabajo o estudio para resistir los primeros embates del enemigo, hasta que llegara la fuerza principal constituida por sectores constitucionalistas de las Fuerzas Armadas, todo lo cual finalmente no ocurrió^[40].

A pesar de lo indicado previamente, militantes como David Canales, quien estuvo trabajando en áreas de seguridad del partido en conjunto con el gobierno de Salvador Allende, visualizaron después del tanquetazo que la derrota política de la Unidad Popular estaba decidida y a aquello se sumó la imposibilidad de retirar una importante cantidad de armamento alojado en la embajada cubana, ya que había una vigilancia constante por parte de los militares, por lo que el 10 de septiembre debió informar oficialmente que no podrían realizar la operación, ante lo cual fue tratado de pendejo por parte de Ulises Estrada, jefe revolucionario cubano^[41], expresando hasta cierto punto una crítica que se repetiría a nivel internacional ante la incapacidad de defender el gobierno de Allende^[42].

La dirigencia comunista evaluó finalmente que la resistencia activa era imposible, incluso un día antes del golpe de Estado. Aquello se visualiza en la reunión que sostuvieron en la mañana del 10 de septiembre la Comisión Política, en donde Corvalán manifestó que al llamar al pueblo y a sus combatientes paramilitares a enfrentarse a las posibles fuerzas golpistas, seguramente responderían, sin embargo, aquello era conducirlos a una batalla que sabían estaba perdida, por lo que incluso antes de que se concretara la asonada, la posición del PCCh se vislumbraba con claridad. De todas formas, ello no fue una

decisión unánime, ya que Gladys Marín era partidaria de una resistencia activa y frente al análisis realizado por Corvalán y otros dirigentes, le surgía la pregunta de por qué no se había planteado abiertamente esta situación al pueblo, en lugar de comunicar señales contrarias como la portada del diario del partido, el Siglo, el que se titulaba *Todos a sus puestos de combate*^[43].

En consecuencia, se puede visualizar la construcción de un discurso que podía resultar confuso para los militantes que se encontraban fuera de los círculos dirigentes, en los que se planteaba que existiría una defensa al gobierno de Salvador Allende, por lo tanto, al momento de la acción militar se presentaba una expectativa en dicha dirección. En este sentido destaca el discurso que pronunció Luis Corvalán, secretario general del partido el 11 de julio de 1973 en el Teatro Caupolicán, (días después del primer intento de golpe de Estado ocurrido el 29 de junio, también conocido como Tanquetazo). En esta ocasión el dirigente señaló:

«Hay que estar preparados para todas las circunstancias, dispuestos a combatir en todos los terrenos. Si la sedición reaccionaria pasa a mayores, concretamente al campo de la lucha armada, que a nadie le quepa dudas que el pueblo se levantará como un solo hombre para aplastarla con prontitud. En una situación tal, que no deseamos, que no buscamos, que queremos evitar, pero que se puede dar, no quedará nada, ni siquiera una piedra, que no usemos como arma de combate. En tal supuesto, la nueva alternativa será derrotar con la máxima rapidez y energía a los que desencadenen la guerra civil y liquidar a penas estalle, para evitarle a Chile los daños de una prolongada contienda de este tipo»^[44].

40.- *Ibid.*

41.- C. Hertz; A. Ramírez; M. Salazar, *Operación exterminio*.

42.- R. Álvarez, *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965-1990*, Chile, LOM, 2011.

43.- R. Álvarez, *Desde las sombras*.

44.- C. Hertz; A. Ramírez; M. Salazar, *Operación exterminio*,

Por lo tanto, resulta claro que el mensaje de resistencia se encontraba presente en el discurso público del partido, y aunque tal vez el objetivo era disuadir a los golpistas expresando una actitud combativa, igualmente generaba expectativas respecto de lo que podría suceder al momento del ataque definitivo.

Otro ejemplo de esta expectativa es el testimonio de Patricio Quiroga, militante del Partido Socialista que participó en la reunión que ocurrió en la industria INDUSTRIA en la población la Legua en la mañana del 11 de septiembre, en donde estuvieron representantes del Partido Comunista, del PS y el MIR, para intentar establecer los pasos a seguir frente al golpe. Respecto del Partido Comunista, Quiroga expresa:

«Los comunistas, 20 días antes habían señalado que contaban con un 10 por ciento de la militancia en armas... y eran poderosos, porque, según distintos cálculos, no bajaban de 180 mil militantes (JJ.CC. incluida)»^[45].

Esta afirmación da cuenta de dos aspectos, primero la expectativa que los comunistas habían generado fuera de sus filas, y segundo la decepción de Quiroga frente a las escasas posibilidades de combatir a las fuerzas golpistas. Esta sensación se repetirá tanto entre militantes del PCCh como de personas que no formaban parte de sus filas, además la decisión de no combatir le generaría conflictos tanto en la dirigencia como en las bases de la organización, incluyendo además críticas internacionales por no haber tenido la capacidad de defender el gobierno, lo que a su vez fue uno de los factores que influyó en el establecimiento de la línea política de la Rebelión Popular

pp. 86 y 87.

45.- M. Garcés; S. Leiva, *El Golpe en la Legua*, p. 40.

de Masas (PRPM) que derivó en la creación del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) en la década de 1980^[46].

A pesar de lo indicado previamente, y de que efectivamente se hizo un esfuerzo por comunicar la decisión que se esbozó el día anterior al 11 de septiembre y el mismo día del golpe en la mañana en una reunión sostenida por la Comisión Política^[47], igualmente se presentaron militantes que tenían la intención y actuaron dentro de sus posibilidades para intentar defender el gobierno. Este es el caso de Eduardo Morris, jefe operativo del Departamento de Investigaciones Aduaneras (DIA), quien en la madrugada del día del golpe, intentó una resistencia armada en los cerros Los Placeres, Barón y Cordillera (ubicados en la quinta región), la que fracasó^[48]. Según el testimonio de Morris intentaron prepararse junto a los vecinos, aproximadamente 300, reuniendo los escasos implementos que tenían, sin embargo, rápidamente se dieron cuenta de que no llegarían refuerzos ni armamento, por lo que la resistencia sería imposible. Resulta de interés que Morris indique su desacuerdo con la línea del partido, respecto de la confianza en la constitucionalidad y profesionalismo de los militares, probablemente porque en su experiencia, la marina estaba al servicio de la burguesía^[49].

Una situación diferente se vivió en la población La Legua, en Santiago, en donde el acceso a las armas llevadas en gran medida por los militantes del partido Socialista,

46.- R. Álvarez, *Arriba los pobres del mundo*.

47.- R. Álvarez, *Desde las sombras*.

48.- C. Hertz; A. Ramírez; M. Salazar, *Operación exterminio*.

49.- Manuel Salazar; Nelson Muñoz, «Los libros clave para entender el Golpe: «Voces de la Memoria». El Golpe en Valparaíso», 2019, Interferencia, <https://interferencia.cl/articulos/los-libros-clave-para-entender-el-golpe-voces-de-la-memoria-el-golpe-en-valparaiso> (consulta: 6 de febrero de 2022).

permitieron el desarrollo de enfrentamientos de mayor envergadura, en los cuales efectivamente participaron militantes del Partido Comunista^[50]. Incluso, se prepararon planes para atacar a las comisarías en Lota el día 13 de septiembre, para lo que se entregaron instrucciones para activar a los grupos chicos. El objetivo era atacar y ocupar estos sitios cuando en Concepción se llevara a cabo una acción similar. En esta ocasión, los mineros del carbón habrían solicitado armas, pero no había^[51]. Una vez que llegó el día 13:

«Las órdenes eran confusas. Finalmente se decidió recoger todas las armas y explosivos de que disponían y esperar instrucciones. En los cerros que están sobre Coronel habían tomado posiciones cerca de treinta mineros cargados con dinamita a la espera de las órdenes para atacar a los golpistas. Algunos dirigentes se preguntaban qué harían después, cuando los militares reaccionaran. A la sede del Partido en Coronel [...]. También tenían una ametralladora punto 50, un par de metralletas, cartuchos de dinamita y varios revólveres. Sacaron todo del local y lo escondieron en piques y socavones ubicados en las afueras de la ciudad»^[52].

En consecuencia, a pesar de las órdenes de pasar a la clandestinidad y evitar un enfrentamiento directo, igualmente existieron militantes que presentaron un ánimo diferente, ya fuera por convicción o por confusión, los testimonios dan cuenta de estos episodios que probablemente tienen parte de su explicación en lo manifestado públicamente por parte del PCCh antes del golpe de Estado, orientado a que defenderían el gobierno de Salvador Allende, por lo

que la expectativa se expresaba en esta dirección, la que golpeó contra la realidad de que un factor clave no ocurrió; la división de las FF.AA., por lo que resultó evidente que cualquier expectativa de enfrentamiento ante el golpe, se vio rápidamente eliminada ante la acción conjunta de las FF.AA., Carabineros y Policía de Investigaciones.

De todas formas, el acceso a los testimonios podría dar indicios de que ocurrieron más episodios en donde los militantes estuvieron preparados y dispuestos a actuar ejerciendo la violencia. De hecho resultaría interesante profundizar en los episodios previamente descritos, lo que podría ocurrir en la medida que los testigos y protagonistas se atrevan a posicionarse en contra de la memoria hegemónica, reconociéndose como militantes que estuvieron dispuestos a combatir, alejándose de la perspectiva que en algunas ocasiones se ha construido en torno al golpe, respecto de que los militares tomaron el poder y toda la población lo aceptó pasivamente, visión que por supuesto es útil a la construcción de una perspectiva victimista, como se mencionó anteriormente, aunque al mismo tiempo se debe recalcar que aquello no significa que los militares se enfrentaran a un enemigo en igualdad de condiciones.

En síntesis, efectivamente existía algún nivel de formación militar al interior del Partido Comunista y acceso a armamento, sin embargo, bajo ninguna circunstancia alcanzaba a transformarse en un peligro real para el dominio del uso de la violencia ejercido por las Fuerzas Armadas. En ese sentido, se repite el caso del partido Socialista, en donde tampoco tenían una alta capacidad armada y al mismo tiempo, requería como factor gravitante para realizar algún tipo de resistencia, el quiebre de las FF.AA., por lo que contrario a lo que se publicó en el último tiempo de la Unidad Popular, no se estaba conformando un ejército parale-

50.- M. Garcés; S. Leiva, *El Golpe en la Legua*.

51.- C. Hertz; A. Ramírez; M. Salazar, *Operación exterminio*.

52.- *Ibid.*, p. 37.



Bombardeo a la Moneda, 11 de septiembre de 1973. (Fuente: <https://www.bbc.com>).

lo, por el contrario, se hicieron esfuerzos por intentar mantener la neutralidad o simpatía de los sectores castrenses pensando que eran un elemento trascendental, y en el caso del Partido Comunista, dice relación con la confianza en el profesionalismo y no deliberación de los militares. Por lo tanto, el argumento de que la dictadura se enfrentó a un enemigo de igual capacidad continúa sin sustento.

Movimiento de Izquierda Revolucionaria, una propuesta que no se concretó

El MIR chileno se posicionó desde su congreso fundacional en 1965 como una organización que defendía como único camino viable hacia el socialismo la lucha armada, dado que la burguesía no perdería sus privilegios pacíficamente, sumado a que el imperialismo tampoco permitiría la instalación de este tipo de sistema político. En esta línea argumentaban que las revoluciones triunfadoras fueron las que ejercieron

la violencia en alguno de sus momentos. Lo anterior se puede apreciar en documentos como la *Convocatoria al Congreso Constituyente de la Izquierda Revolucionaria Chilena*, la *Declaración de Principios del Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR* y el *Programa del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)*^[53].

Esta definición fue concebida y difundida de forma bastante pública, alcanzando notoriedad especialmente a partir de los asaltos a bancos que la organización desarrolló antes de la elección como presidente de la República de Salvador Allende, cuyo objetivo era obtener financiamiento para concretar los objetivos que se habían marcado^[54]. La forma en que fueron presentados en algunos medios de comunicación como

53.- Disponibles en: Marco Álvarez, *La Constituyente Revolucionaria. Historia de la fundación del MIR chileno*, Chile, LOM, 2015.

54.- «Habla jefe del MIR, entrevista exclusiva a Miguel Enríquez», *El Clarín*, 29 de agosto de 1969, disponible en sala de Microformatos en la Biblioteca Nacional de Chile, (consulta 9 de noviembre de 2015).

El Clarín, les permitió comenzar a construir una imagen atractiva para algunos sectores de la juventud, ya que se presentaban como militantes que robaban manteniendo ciertos códigos de respeto y en algunas ocasiones compartían lo que habían obtenido^[55]. En consecuencia, la imagen de los miristas se asociaba a acciones de mayor radicalidad, aunque fuera bajo límites de comportamiento.

Respecto del contenido de la política militar, a pesar de que existía consenso respecto de la necesidad del uso de la violencia política, al momento de establecer concretamente la manera en que se debía ejercer, existieron diferencias al interior de la organización, las que derivaron en distintos giros que se llevaron adelante en la política militar^[56]. En concreto para el momento en que se visualizaba que el golpe de Estado era inminente se generó un documento que describe en detalle los escenarios imaginarios^[57] generados para enfrentar una situación como aquella, es el denominado *Estrategia de enfrentamiento y lucha prolongada contra intentos golpistas de las clases dominantes* el cual estaba destinado sólo para el Comité Central, aprobado en febrero de 1972, y elaborado por Miguel Enríquez, Andrés Pascal Allende y Arturo Villabela^[58]. Éste constituye el documento que trata en mayor profundidad la temática de resistencia frente a un golpe de la clase dominante, adquiriendo una relevancia similar a las

tesis político-militares que se elaboraron previamente.

Se planteaba que la oposición buscaría realizar un golpe rápido y súperestructural, en el cual participaran la menor cantidad de personas posibles, específicamente militares adquiriendo el carácter de cuadrillazo incluyendo las siguientes modalidades posibles: «golpe militar con o sin apoyo de las clases medias, con o sin fachada legal, con ofensiva política y operativa previa o sin ella; puede comenzar también por el levantamiento de algunas unidades, puede darse también como paso posterior a la continuación de un gabinete militar»^[59]. Es decir, se visualizaba que la oposición ya no estaba apegada a la legalidad vigente, y que por lo tanto sería capaz de usar variadas formas de golpe, sin importar necesariamente la creación de una fachada de legalidad, lo cual generaba un panorama de mayor complejidad, ya que la élite estaba dispuesta a utilizar una mayor cantidad de mecanismos violentos.

En este escenario se visualizaban dos etapas, la primera de enfrentamiento inmediato, en la cual probablemente las fuerzas serían desfavorables al campo popular, y por lo tanto se presentaba como la preparación para una segunda etapa de lucha prolongada que permitiría ampliar el enfrentamiento en tiempo, territorio abarcado y personas involucradas. Respecto del rol de los militares, similar a los partidos referenciados anteriormente, se apostaba a trabajar para su división interna y de esta forma apoyaran a las masas de civiles organizados en contra del golpe de Estado.

Dentro del enfrentamiento inicial se visualizaba que en el sector urbano existi-

55.- «El MIR reparte la torta», *El Clarín*, 02 de marzo de 1970, disponible en sala de Microformatos en la Biblioteca Nacional de Chile (consulta: 27 de noviembre de 2015).

56.- Para ver en detalle los giros de la política militar mirista se puede revisar Vivien Valenzuela, *Pueblo, conciencia y fusila. La política militar del MIR. 1965-1973*, Chile, Escapate, 2018.

57.- Entrevista a Andrés Pascal Allende, (3 de febrero de 2016).

58.- Andrés Pascal, «El MIR, 35 años, un atajo revolucionario», *La Haine*, <https://www.lahaine.org/internacional/historia/mir35parte2.htm>, (consulta: 11 de febrero de 2022).

59.- «Estrategia de enfrentamiento y lucha prolongada contra intentos golpistas de las clases dominantes», febrero de 1972, disponible en Martín Hernández; Pedro Naranjo, *Recopilación de textos de Miguel Enríquez*, pp. 93 y 94.

ría la Masa armada entendido como áreas cercanas a concentraciones de pobladores y obreros quienes tendrían medios caseros para generar agitación (levantar barricadas, tomar fábricas, entre otros). Estas zonas de masa armada serían apoyadas por Destacamentos militares constituidos por militantes miristas que tenían mayor conocimiento, preparación y armamento. Por su parte, se esperaba que oficiales y suboficiales incentivaran a los integrantes de sus unidades a que se rebelaran a los sectores golpistas.

Para la primera etapa igualmente se establecieron espacios de enfrentamiento: Zonas urbanas importantes y la Zona rural importante, en las que se establecerían las masas armadas; mientras que la segunda serviría de base para el desarrollo de una guerra irregular que se generaría durante la lucha prolongada. También se encontraba la Zona mediana en donde la masa armada de menor envergadura tendría por objetivo evitar el traslado de las fuerzas golpistas. Y, por último, Zonas pequeñas en donde debían realizar acciones que mantuvieran la presencia de la resistencia, es decir, se pensaba en una forma de extender el conflicto a lo largo del país, especialmente considerando que se esperaba una derrota en el enfrentamiento inmediato, que de igual manera permitiría el desarrollo de la lucha prolongada.

En este documento se establecían las tareas orgánicas y técnicas que el MIR requería para que el plan se pudiera concretar; estructura de informaciones que estudiará al enemigo, sistema de alerta para que el golpe no fuera sorpresivo, una red de acuartelamiento, red clandestina, talleres de armamento casero, instrucción técnica para los cuadros y el desarrollo de C.A. (este último punto no se detalla).

Estos escenarios imaginados claramente respondieron a posibilidades teóricas que

se colocaron a prueba en primer lugar durante el tanquetazo el 29 de junio de 1973, en donde ocurrió cierta movilización respecto de tomarse fábricas, pero no se constituyeron en masas armadas, probablemente debido a la falta de preparación técnica y de acceso a armamento.

Al revisar en detalle lo ocurrido primero en el tanquetazo, a partir del testimonio de Andrés Pascal Allende, integrante de la dirigencia mirista, se puede indicar que se visualizaron las imposibilidades de activar los planes preparados en la teoría, en este sentido indica que no pudieron:

«movilizar los pocos recursos armados que teníamos, que eran derivados de, que lo habíamos sacado del arsenal de la seguridad personal de Allende cuando nos echan, nos vamos con la mitad, que no eran muchas, pero unos cientos, ya, entre esos habían lanzacohetes, ametralladoras [...] nosotros intentamos movilizar, pero como ya había una cierta situación represiva, en cierto sentido de persecución, nosotros teníamos que tener escondido todo el armamento y todas las cosas, entonces poder sacar el armamento de los barretines de los depósitos donde estaban escondidos, constituir una fuerza permanente que sea capaz de operar conjuntamente con compañeros que estaban cada uno en sus casas, con sus actividades, reunirlos. El hecho concreto, es que la realidad demostró que era un proceso mucho más lento y difícil de que el nosotros presuponíamos, entonces en eso se fracasó porque no se logra cumplir ese objetivo»^[60].

En consecuencia, para la dirigencia se comenzaba a visualizar el difícil escenario al que se verían enfrentados al momento de un golpe definitivo, debido a una estructura

60.- Entrevista a Andrés Pascal Allende, (3 de febrero de 2016).

de comunicación y organización insuficientes que tornaban difícil alguna posibilidad de enfrentamiento real. Esto al menos en la dirigencia mirista, porque en un sector de las bases las expectativas iban en una dirección distinta.

Un segundo episodio recordado por Andrés Pascal Allende, y que da cuenta de la incertidumbre respecto de qué decisiones tomar:

«[...] fue una discusión en la dirección del MIR, del grupo de dirección del MIR que estaba acuartelado ese día, en la cual yo también participé en que se debate, se discute si debíamos o no acceder al armamento que los suboficiales de la Fuerza aérea de la base aérea del Bosque tenían control en ese momento, y dentro de ese control estaban dirigidos por compañeros suboficiales miristas y ellos lo que plantean es que vayamos y recojamos las armas y repartámosla y organicemos las milicias, ya habían organizados algunas milicias que no tenían armamento, ni nada. Que aprovecháramos y le diéramos ese armamento.

Eso provocó una discusión, y con razón porque no era claro lo que pudiera ocurrir luego de eso. Por una parte, sin duda polarizaría la situación y también podría llevar a que otros sectores de las fuerzas armadas se sumaran a eso, pero al mismo tiempo también podía provocar un enfrentamiento del MIR con el gobierno, es decir que el gobierno y el presidente Allende optaran por reprimir al MIR y provocar un quiebre dentro del campo popular bastante complicado. Finalmente, la balanza, lo que se opta, quien inclina la balanza es Miguel, que él se manifiesta que debemos evitar un quiebre en el campo popular y que, si bien sería bueno hacer eso, el resultado podría ser muy negativo. Así que se deja pasar la oportunidad»^[61].

61.- *Ibid.*

En consecuencia, el MIR se enfrenta a imposibilidades materiales y a la toma de decisiones que en la práctica impedían colocar en marcha su plan de defensa, siendo expresivo de un contexto que no era favorable.

Luego del tanquetazo se agudizó la represión por parte de las Fuerzas Armadas contra las organizaciones de izquierda al amparo de la ley de control de armas, situación de la que incluso da cuenta el entonces Comandante en jefe del Ejército, Carlos Prats^[62], por lo cual no se generó un ambiente propicio para solucionar los problemas que se habían evidenciado en el tanquetazo, provocando que el día del golpe definitivo, las posibilidades de enfrentamiento fueran mínimas. En este sentido, se destaca la participación de militantes en los combates que se dieron en la población La Legua, especialmente en la reunión que se llevó a cabo en la industria INDUMET junto a representantes del Partido Socialista, en donde participaron Miguel Enríquez y Andrés Pascal Allende, y que terminó abruptamente luego de que Carabineros detectara la reunión y debieran enfrentar un intenso tiroteo para escapar del lugar^[63], para lo cual requirieron del armamento que habían llevado militantes socialistas^[64]. Lo anterior es ilustrativo de una organización que a pesar de haber planteado desde sus inicios la inevitabilidad de la lucha armada, en términos prácticos no estaba preparada para el enfrentamiento concreto, especialmente cuando en la reunión en INDUMET, integrantes del MIR indican que necesitaban unas horas para convocar a la Fuerza Central (militantes especializados en el área militar) compuesta por 400 hombres,

62.- L. Corvalán, *Los partidos políticos*.

63.- M. Garcés; S. Leiva, *El Golpe en la Legua*.

64.- A. Pascal, «El MIR, 35 años, un atajo revolucionario».

aunque solo 50 con dotación completa^[65] es decir, una fuerza mínima que no se comparaba con las expectativas que generó.

A pesar de la imposibilidad de los dirigentes miristas de coordinar la respuesta armada, igualmente existieron militantes de base que intentaron realizar alguna acción ofensiva, en este ámbito se enmarcan testimonios como los de Guillermo Rodríguez o de José Manuel Bravo. El primero deambuló por distintos lugares de Santiago intentando generar algún tipo de resistencia^[66], y el segundo participó de un intento de asalto a un retén de Carabineros en Neltume, al sur del país, en donde fueron repelidos a tiros y la situación derivó en una fuerte persecución en contra de los militantes miristas, ocasión en la cual Bravo realiza una crítica reflexión^[67]:

«El golpe nos pilló a todos paveando, o durmiendo, como dijo el Joaquín. Nos desgañitamos hablando sobre que había que prepararse para detener las asonadas que intentara la oposición y ahí estábamos. No hubo ninguna preparación real de ninguna cosa. Defraudamos también a la gente, porque en estas situaciones de golpe y represión nosotros decíamos que estaríamos preparados y daríamos respuesta. Yo mismo lo dije y lo sostuve montones de veces, no porque tuviéramos con qué, sino que teníamos por qué. La masa, con justa razón, creía y creyó que seríamos capaces, que sacaríamos armas, uniformes y planes secretos escondidos y haríamos frente de verdad a la embestida reaccionaria. Ayer pude ver la decepción en los ojos de la gente. Por lo visto, parece que no estuvimos a la altura de nuestras proclamas, discursos y prome-

sas, ni a la altura de las exigencias en este escenario de enfrentamiento real»^[68].

Estas palabras son expresivas de un militante frustrado ante la imposibilidad de cumplir sus expectativas, pero sobre todo, las expectativas que generaron en la población del lugar, quienes además debieron enfrentar la fuerte represión que sobrevino luego del golpe de Estado. En consecuencia es expresivo de la responsabilidad que se experimenta por el quiebre de expectativas no solo propio, sino que colectivo y la incapacidad de defender a quienes confiaron en su proyecto de los embates de la dictadura. Es probable que este sentir se extendiera entre los y las militantes de la organización.

En síntesis, el MIR se propuso la temática de la lucha armada desde la fundación de la organización, sin embargo, las decisiones y circunstancias derivaron en la imposibilidad de enfrentar el golpe de Estado, especialmente debido a la inexistencia de un quiebre de las FF.AA., aspecto que al igual que en los otros partidos, también era relevante en el MIR, quebrando las expectativas que tanto sus militantes como simpatizantes se generaron a partir del discurso que se expresó públicamente.

Conclusión

Todas las organizaciones trabajadas en este artículo generaron planes políticos militares, lógicamente con sus diferencias y puntos de encuentro, pero las tres se plantearon la problemática e intentaron desarrollar acciones acorde a sus lineamientos. Asimismo, todas las propuestas y acciones fueron insuficientes al momento del golpe de Estado, sin embargo, es importante reconocer que de igual manera se intentaron desarrollar actividades de resistencia el 11

65.- M. Garcés; S. Leiva, *El Golpe en la Legua*.

66.- Guillermo Rodríguez, *De la brigada secundaria al cordón Cerrillos*, Editorial Universidad Bolivariana, 2007.

67.- José Bravo, *De Carranco a Carrán, las tomas que cambiaron la historia*, Chile, LOM, 2012.

68.- *Ibid.*, pp. 170 y 171.

de septiembre y días posteriores, lo que permite visualizar a militantes que no solo fueron víctimas de la represión, sino también actores de la resistencia. Lo último constituye una manera de reconstruir la memoria que puede ser distinta a la hegemónica,

pero que es necesaria para comprender en todas sus dimensiones lo ocurrido durante la Unidad Popular y luego en Dictadura, y en esta dirección, es relevante continuar dando a conocer y analizar los testimonios de quienes vivieron el período estudiado.